

Miedo a los vivos (primeros capitulos)

Leonardo Calabresi

Image not found.

Capítulo 1

"No confíes en todo lo que ves, la sal también parece azúcar"

Refrán popular.

Jueves 1 de Julio de 1937 - Villa del Parque, Capital Federal

Es una noche muy fría en toda la Capital Federal, más aún en el barrio de Villa del Parque, donde por las noches el viento hace sentir su presencia ante la escasez de reparos. La gente que circulaba por la calle ya arribó a su hogar, y es el momento del descanso, luego de la larga jornada de labores diarios, donde los espera una succulenta cena, o un penoso tentempié.

Las señoras casadas con sus vestidos de mangas largas, y de colores tenues, finalizaron su recorrido de la tarde por la calle Cuenca, procurando los artículos necesarios para la cena. Las solteras, de colores más vivos, algunas con faldas cortas y más ajustadas, y otras con los pantalones anchos y sacones amplios, la última moda europea, ya destacaron en los cafés de la zona, ante la mirada atenta de los muchachos jóvenes del barrio. Ellos, reunidos en la esquina, con pantalones de vestir, sacos amplios y chalecos de lana, con corbata o moño, utilizaron sus dos manos para hacer lo que todo porteño de ley, fumar y sostener sus sombreros de estilos fedora o trilby.

En esa ciudad se van apagando lentamente las luces particulares, y solo quedan algunos focos del alumbrado público dispersos en las calles, mientras se abre paso la otra Buenos Aires, nocturna, oscura y oculta, al menos en estos barrios residenciales, donde no abundan los carteles luminosos, las publicidades y los teatros que inundan la Avenida Corrientes, en las cercanías del recientemente construido obelisco.

Ya había partido el último servicio del día hacia Retiro del tramo local del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, o simplemente BAP, como todos lo llaman. Los tranvías que invaden las calles, conectando toda la ciudad, cesaron su funcionamiento hace varias horas. Los pocos taxis que se ven por la zona en horas pico, fueron hacia las zonas de mayor demanda.

El agente Luis Pedro Alcázar, un joven catamarqueño de cara curtida al sol, nariz ganchuda, ojos levemente rasgados, alto y de expresiones marcadas, tiene a su cargo la esquina de Campana y Tinogasta, donde se encuentra un paso a nivel sobre las vías del BAP, y a metros de la Estación de tren, homónima al barrio. A ritmo acelerado, para contrarrestar el frío, patrulla la calle Campana, completando vueltas

manzana hacia la derecha y la izquierda de manera sistemática.

Villa del Parque es un barrio residencial, suburbano y tranquilo, donde se afincan la nueva clase media porteña, como una extensión de la clásica Villa Devoto. Adicionalmente a su patrullaje que hacía las veces de entrada en calor, Luis aporta a su cuerpo el humo caliente de los cigarrillos Continental y las calorías de chocolates de distintas marcas, galletitas Bagley, Mantecol y todo lo que fuera cortesía del comisario de la seccional.

La distribuidora de los hermanos Massini, viejos vecinos de la zona, intercan con el comisario de la seccional la presencia constante de vigilancia alrededor de su depósito en la calle Cuenca por cigarrillos, golosinas, bebidas y compensaciones en metálico. Aunque a manos de los agentes de la seccional sólo llegan las primeras, constituyen un lujo para el magro salario que reciben por su labor, y el costo de todo lo que comían, bebían y fumaban gracias a los Massini equivalía a no menos de un tercio del sueldo de un ingresante.

Los depósitos de los hermanos tienen un giro considerable de dinero en efectivo, al menos lo suficientemente tentador para un malhechor promedio. El automóvil, junto con las armas automáticas, y los nuevos medios de comunicación sofisticaron la delincuencia, especialmente durante el último lustro, y del atraco simple paso sin escalas a los robos organizados, con soporte automotor, armas largas, y bandas que alcanzan o superan la decena de integrantes. Los primeros objetivos, claro está, fueron los bancos y entidades financieras, pero mientras se prepararon y equiparon sus inmuebles y a la policía de su seccional con la última tecnología en combate del delito, la esfera de influencia de estas bandas fue moviéndose hacia los suburbios de la capital, y los barrios de la provincia.

Mientras tanto, la niebla gana espacio paulatinamente en la noche, que el alumbrado público solo interrumpe en forma leve y espaciada, con su tenue color amarillo que se deshace con el transcurrir de las horas. Hasta no hace muchos años, esta era una zona de quintas, donde solo una parte de las calles se encuentra empedrada, y sobre todo durante la madrugada el lugar adquiere ese tono campestre, con el pasto húmedo, el olor a eucalipto y el silencio profundo que enaltece hasta el mínimo movimiento, cuestiones que parecen resistirse al desalojo que la población en masa le propone.

Entre recorrido y recorrido se hacen las 2 de la mañana, y aún faltan 5 horas para el cambio de turno con el agente Néstor Benítez, y el agente Alcázar acaba de terminar una de sus vueltas hacia la derecha, tomándose unos minutos de descanso en la esquina asignada. Saca de su bolsillo los cigarrillos y una caja de fósforos, disponiéndose a fumar la quinta unidad, por lo que puede observar en el paquete, que racionará hasta mañana,

cuando probablemente el comisario le entregue algunos más.

Prende el cigarrillo después de malograr un fosforo, debido a la brisa que circula por la esquina, y mientras inhala y exhala el humo, observa desde la vereda de enfrente, como ya hizo tantas otras veces, el Palacio de los Bichos, el Castillo de Villa del Parque o el Palacio de los Fantasmas, según a quien se le pregunte. El imponente edificio se encuentra sobre la calle Campana, a unos metros de la esquina con Tinogasta, y de la vía del tren. Esta casona gigante llama la atención entre las construcciones más sencillas y funcionales que la rodean; y según algunos vecinos, data de principios de siglo, y según otros, es aún más antiguo.

El edificio se compone de cuatro plantas de hormigón, donde solo la tercera y cuarta tienen balcón. Su frente es relativamente reducido, con un torreón en medio, integrado completamente a la construcción, que posee una planta adicional, y está rematado con una hermosa cúpula de tejas verdes. Sus costados poseen unos veinte metros de largo, con no menos de cinco ventanales por piso, compuestos de varios vidrios de distintos tamaños, y cuya vista hoy se encuentra truncada en los pisos inferiores; lo que demuestra que cuando fue edificado, probablemente fuera una de las pocas, o quizás la única construcción de la manzana.

La razón de unos de los nombres que se le asigna, el 'Palacio de los Bichos', es muy evidente a la vista: tres pequeños dragones, con la boca grotescamente abierta, parecen estar escupiendo fuego desde el frente, en lo más alto de la torre, y parecen ser lámparas de gas fuera de servicio. En la cuarta planta, en los costados, posee cuatro figuras que asemejan gárgolas, monstruos con alas de ángeles, o querubines caídos en desgracia por obra del mismísimo Satanás. En la planta baja, a la vista tras el rejado, hay dos leones en posición de guardia resguardando la entrada.

Sin embargo, el porqué del nombre 'Palacio de los Fantasmas', tiene una historia más larga y menos clara. Las señoras que salen a limpiar la vereda, y cuya principal actividad consiste en entablar conversaciones con cualquier persona que se encuentre cerca, dicen que, según escucharon, el inmueble fue un regalo de bodas de un noble italiano, Roberto Giordano, a su hija Lucía, al contraer matrimonio con el violinista Ángel Lemos; y según cuenta la leyenda, los mismos fueron embestidos por un tren al cruzar la vía cuando se retiraban del festejo de su unión marital, realizada en el mismo edificio, allá por 1910. A pesar de la precisión en el relato, que el agente Alcaraz obtuvo de varias fuentes vecinales, todas coinciden en que son rumores que provienen de terceras personas que, a su vez, alguna vez lo oyeron de otras personas, y cuyo origen desconocen.

Desde entonces, también aseguran los mismos rumores, se escuchan ruidos extraños, y ocurren episodios de difícil explicación lógica, como

vómitos y dolores de cabeza en las fechas cercanas a la fecha del suceso, música de época que proviene de la casa, aun estando vacía, y demás hechos paranormales, que tampoco pudieron comprobar personalmente.

Otros vecinos, especialmente los de sexo masculino, relatan una segunda versión de la historia: el edificio fue construido con el fin de ser un prostíbulo para personas de gran poder económico, alejado del centro de la ciudad para aportar la discreción necesaria, aunque él mismo no pudo funcionar mucho tiempo debido a la fuerte y efectiva oposición vecinal, aunque en aquel entonces fuera reducida en número. Como en el caso anterior, y como no podía ser de otra manera, no conocen esta versión de primera mano, sino por terceras personas, y todos ellos dicen desconocer hasta la mas mínima información de la vida nocturna y non sancta de la zona.

A pesar de ser contrapuestas, ambas historias coinciden en algo, el edificio es un misterio y se encuentra deshabitado. Luis bien sabe que inventar historias es uno de los pasatiempos favoritos de las porteñas, mientras sus parejas se entretienen con el fútbol, perdiendo dinero con los caballos o los naipes, en la cancha de bochas, o inventando historias que contradigan las de ellas.

Mientras Alcázar contempla la enigmática mansión y finaliza su cigarrillo, observa una leve humareda que proviene del tercer piso de la torre, lo que llama su atención. Se acerca un poco más, para constatar que no es la niebla que le obstaculiza la visión, o una suerte de espejismo producto del sueño y el hastío que lo invaden noche tras noche. Ya sobre la vereda misma del edificio, a la humareda, que parece renovarse y crecer, se le agrega un tono entre amarillo y naranja, como de una pequeña fogata, que se refleja en los vidrios de los ventanales. Esto le alerta sobre una cuestión que se volvió recurrente, la ocupación de edificios abandonados por parte de gente sin hogar.

No es la primera vez que el agente enfrenta esta situación, ya que el explosivo crecimiento demográfico de la ciudad, debido la fuerte migración interna y los países europeos, no puede ser alcanzado por el ritmo de la construcción, y el frío empuja a las personas sin hogar, y sin ayuda familiar, a ocupar los edificios que estén vacíos, en busca de reparo y abrigo. A esto hay que sumarle a los vagabundos y borrachos, a los que cualquier techo les resulta útil en noches como la de hoy. Si bien la orden oficial es provocar el desalojo inmediato, Alcázar suele ser contemplativo, y si no realizan disturbios, permite a los sintecho pasar la noche, ya que el mismo estuvo en esa situación apenas llegó a Buenos Aires desde su Catamarca natal.

Con la intención de entablar comunicación con la, o tal vez las personas adentro de la casa, decide ingresar. Conociendo que la puerta principal se encuentra cerrada con una gruesa cadena de hierro y un enorme candado,

recurre hacia el ala del edificio que mira hacia el ferrocarril, donde seguramente se encuentre el hueco que permitió el ingreso. En la esquina hay una pequeña casa de una planta, que el agente bordea, hasta llegar a un pasillo ancho que la separa de un local de ramos generales a su lado. Alcázar observa que al terminar el pasillo hay una puerta de rejas de un metro de alto con una cerradura intacta; luego de tirar el cigarrillo y pisarlo con su bota derecha, traspasa la reja con una maniobra sencilla, apoyando los pies sobre algunos huecos presentes en las paredes del pasillo, y saltando por encima, usando la parte superior de la misma puerta como punto de apoyo.

Una vez del otro lado, Alcaraz observa el panorama, mientras la actividad física repentina agudiza sus sentidos y entrecorta la respiración. Entra la reja y las paredes del ala derecha del palacio, hay un margen de un metro y medio de jardín, con el pasto levemente seco por la estación y algo descuidado, pero sin llegar al abandono completo. El edificio está elevado unos metros sobre el nivel de la calle, y lo más cercano es una galería a la que se puede acceder por escalinatas cortas, cada una de ellas separadas unos 5 metros, con su pórtico correspondiente.

La oscuridad es casi total, y la luz que cae sobre esta zona no alcanza más que para distinguir la posición de los ventanales y algunos objetos particularmente llamativos. Un moderado arrepentimiento invade a Alcaraz, quien se dejó llevar, y ahora se encuentra en un lugar abandonado, a la merced unos leones de piedra que lo observan como si fueran a tomar vida, y de ciertas personas que, al pensar fríamente, es muy probable que sean más de una, y probablemente no sean del todo pacíficas. Hasta que demuestren lo contrario, los consideraría malhechores.

Sin embargo, en otra ráfaga de pensamientos repentinos, no se convirtió en policía para tener miedo, ni vino desde Catamarca para dar vueltas manzana, comer golosinas y fumar como un desquiciado. Envalentonado por la arenga mental, tantea su costado derecho y desabrocha la funda donde guarda su pistola Colt 1911-A1 calibre .45, que solo uso en las prácticas, y le quita el seguro. Al mismo tiempo, toca su tobillo izquierdo, y se alivia al notar el bulto del pequeño cuchillo que le regalara su padre hace ya unos años, y que tan práctico le resultó tanto en las trifulcas en las que intervenía de adolescente, como en los actuales asados de los domingos, en los que cada tanto participa.

Sumergido en la oscuridad, que ahora le resulta espantosa y le inspira temor, y ya debajo del techo de la galería, observa que el ventanal más cercano a la calle Campana, donde ingresa un poco de luz desde los faroles públicos de la calle, se encuentra prolijamente entreabierto, siendo claramente la puerta de ingreso de los ahora malhechores. No tan confiado como cuando decidió saltar la reja, decide revisar si los ventanales alejados a este, por este mismo costado del palacio, pueden

abrirse de la misma forma, y así llegar hacia la humareda que visualizó desde otro camino, sin deschavar su posición. En medio de todo, hay una única puerta de ingreso, que se encuentra igual que la del frente, repleta de cadenas y candados, y sin el mínimo signo de haber sido violentada.

Cuenta dos ventanas de distancia, desde aquella que está abierta, y decide quitarse los guantes, notando que el intenso frío se encuentra contrarrestado por la gran adrenalina que recorre su cuerpo en este momento. Palpa el vidrio, húmedo y casi congelado, con sus manos desnudas, y lo empuja suavemente, reconociendo la firmeza de la estructura. Se aleja un ventanal mas y repite el procedimiento, palpa, empuja, y el ventanal se mueve apenas, como si estuviera flojo; palpa nuevamente, y nota un hueco donde debería haber una pequeña pieza de vidrio. Introduce su brazo izquierdo por dentro, buscando el seguro, y logra tocarlo, aunque incomodado por la cantidad de prendas de ropa que se arremangan bajo su brazo. Quita el brazo y se acomoda las mangas para volver a insertarlo en este hueco, logrando finalmente tomar el pestillo que hace de seguro, y tira hacia afuera hasta liberar el ventanal, minimizando el ruido lo más posible.

Traspasa el ventanal, y finalmente se encuentra dentro del Palacio. Su sangre, antes caliente, ahora hierve, las pulsaciones se aceleran, y las sienes parecen tener vida propia con latidos que hacen las veces de martillazos. Reposa unos segundos para tomar nota mental de todos los sonidos, reconocer el interior del lugar, y preparar un mínimo plan de acción, mientras espera que su ritmo cardíaco vuelva a la normalidad, y su respiración fluya de manera más acorde.

-Ahh!!!!!!

No hay tiempo, un grito ensordecedor, claramente femenino, proviene desde dentro del palacio, lejos de su posición, o quizás desde fuera del edificio, pero no a gran distancia. El miedo, la ansiedad y la confusión se entremezclan y vencen su determinación inicial, al tiempo que aceleran aún más sus latidos. Desenfunda su pistola, y en posición de alerta mira hacia la derecha y la izquierda, con un ínfimo alivio, ya que no hay movimientos en su periferia. Decide caminar lentamente hacia su derecha, pero los acontecimientos desbaratan cualquier plan, ya que escucha una suerte de explosión provenir desde una orientación similar a la del grito. En una décima de segundo, que le parecieron como varios minutos, reconoce que el ruido es una rotura violenta de un vidrio, posiblemente uno de los ventanales de la torre, o del ala opuesta del edificio, como si alguien o algo muy pesado fuera lanzado contra los mismos en carrera.

Con amplia ventaja, el miedo finalmente vence al resto de las emociones, al tiempo que le aportan racionalidad, aquella ligada al instinto de supervivencia, y decide salir del palacio. – Desde afuera, puedo acceder más rápido a la otra ala, tendré una mejor visión de la situación, estaré

menos expuesto, ya que conozco las calles como si fueran mis manos— reflexiona en un murmullo.

Realiza el camino inverso que trazó para ingresar en cuestión de segundos, las palpitations y los dolores de cabeza, son temporalmente anulados por un nuevo aluvión de adrenalina, que se multiplicó desde su entrada, y que ya no solo elimina el frío, sino prácticamente cualquier sensación física.

Se encuentra en el pasillo, pistola en alto, y corre hacia la esquina de Tinogasta y Campana, donde hace apenas unos minutos contemplaba el palacio con un cigarrillo en una mano, y sabor a cacao todavía en la boca. Al llegar a la esquina, cruza la calle, mirando a la derecha, la misma se encontraba completamente despejada, al menos hasta donde permite ver la niebla, como todas las noches a esa hora; mira a su izquierda y observa algo que altera la quietud nocturna, una persona corriendo desesperadamente sobre la calle Campana, ya a casi 200 metros de distancia.

-Alto, Policía! – grita en voz alta y firme, aunque sin esperanzas de que surja efecto alguno, y se larga a la persecución del malhechor. Corre la primera cuadra, y en la primera esquina pierde de vista al delincuente, que posiblemente haya girado en la Avenida Beiró. En un razonamiento breve, y con cierta empatía hacia el escapista, consideró que debe haber tomado la Avenida hacia la derecha, donde los terrenos de la Facultad de Agronomía son más aptos para perderse por las noches, que las manzanas de residencias hacia el otro lado.

Aun así, el agente sabe que su velocidad no es suficiente para darle alcance, y redujo su sprint a una caminata rápida en dirección a la avenida. En ese momento, resultaría más inteligente comunicarse con la seccional y reportar el hecho, que continuar por su cuenta. Cuando le preguntan, diría que el corredor tenía una ventaja de 300 metros, por si acaso. Por otra parte, mientras las pulsaciones vuelven necesariamente a su nivel normal, y la adrenalina abandona su cuerpo, siente la necesidad de sentarse en la vereda, ante los dolores en sus piernas, brazos y cabeza, y unos pulmones que se encuentran al límite de su capacidad.

-Tengo que dejar de fumar – dice en voz baja, y con un paso cansino emprende la vuelta a la esquina donde correspondía su parada, como un reflejo natural. El alboroto provocado alteró el silencio reinante, y mientras el corría al presunto delincuente, se encendieron muchas de las luces exteriores de las casas del barrio. Algunos vecinos salieron a sus puertas de entrada en pijamas de invierno para ver qué es lo que pasaba, otros más tímidos miraban hacia afuera por la ventana.

– Que pasó Luisito? –le pregunta doña Beatriz Moreira, la Gallega, que vivía a unos 50 metros del palacio, sobre la vereda contraria. Era una de

las pocas vecinas que lo llamaba por su nombre de pila, y la única que utilizaba el diminutivo. La confianza con el agente se debe al enorme parecido que esta tiene con su madre, a las tortas fritas que generosamente le obsequia cuando a él le toca el turno tarde, y a que es la única vecina que no le habla solamente de su trabajo.

- Buenas noches doña Beatriz. Observé humo en la casona de la esquina, ingresé por el costado, pensando que era algún trasnochado. De repente oigo un grito, un vidrio roto. Salgo de la casona, y veo una persona corriendo, como a 300 metros -dijo convencido-. Doy la orden de alto, lo persigo unas cuadras, pero ya estaba demasiado lejos- resume Alcaraz en forma lacónica

- Vos te encontráis bien querido? - replica la Gallega.

- Si, doña Beatriz, discúlpeme un momento - Contesta Luis, al tiempo que frunce el ceño, y levanta la mirada, como intentando capturar algo que acaba de pasar dentro de su mente. Comienza un trote rápido, otra vez las pulsaciones y la adrenalina, que ya le hace sentir el desgaste de esta noche.

Se dirige al palacio, casi sin pensar, hace el mismo camino, por el pasillo entre las dos casas de una planta, salta la puerta de rejas, y entra a la casona por el ventanal que destrabó hace solo minutos. Su gesto muta de confusión a preocupación, sus ojos se abren ampliamente, alza las cejas y cierra la boca, como queriendo contenerse. Adentro de la casa, observa un pasillo a su derecha, que no había visualizado anteriormente, y le gana la ansiedad por llegar hacia el otro lado, de donde vinieron los ruidos. Corre por el pasillo, no sin tropezar con pequeño escalón, y sigue su camino, llegando a los ventanales del ala izquierda.

- El grito era de una mujer, y yo perseguí a un hombre, ¡que idiota soy! - se dice a sí mismo en voz baja, moviendo la cabeza hacia un costado y otro, mientras abre el ventanal.

Allí, recostado sobre el pastizal que comienza luego de la galería, yace un cuerpo femenino, con la parte superior desnuda, y dos marcas en el pecho. El agente Alcaraz se acerca y se arrodilla al lado del mismo, revisa el pulso nulo del cuerpo pálido, flaco e inerte, y se sienta sobre el húmedo pasto a unos metros del cuerpo, intentando comprender, cigarrillo de por medio, que fue lo que acabó de ocurrir.

Capítulo 2

"En la tardanza está el peligro"

Proverbio español

Lunes 5 de Julio de 1937 - Boedo, Capital Federal

El reloj despertador Hammond Tripoli hace su característico chirrido ensordecedor, indicando que son las 7 de la mañana. Alfredo se despierta boca arriba, tanteando con su brazo derecho la mesa de luz con el fin de callar el estruendoso aparato, lo que logra en su tercer intento. Cada mañana recuerda y maldice el día que optó por la moderna bocina electrónica, pudiendo haber adquirido un despertador con campanillas a la mitad de precio.

Se incorpora de la cama, dando media vuelta con el cuerpo en forma lenta pero segura, y se calza unas pantuflas viejas que combinan a la perfección con su desgastada camiseta de algodón, que en algún momento fue blanca, y su pantalón a cuadros rojos y amarillos.

Su furia hacia los aparatos eléctricos modernos se desvanece cuando observa su heladera SIAM Di Tella, y recuerda las rústicas conservadoras con barras de hielo de su niñez, y la imagen de su madre con la espalda torcida cargándola. Carga la pava de acero con agua del grifo, y con un fosforo enciende la también flamante cocina a gas natural. Mientras aguarda que se caliente el agua, prepara el mate, toma un trozo pan de ayer de una bolsa que se encuentra encima de su modesta mesada, y la manteca de la heladera. Bebe cinco mates desde su bombilla plateada y come el pan con manteca que acaba de preparar.

Con el estomago lleno, se dispone a cepillar sus dientes, repasar prolijamente su bigote, lavar su cara, y vestirse. Como todos los lunes de invierno, por encima de su camiseta se calza una de sus camisas blancas, corbata negra y gris a cuadros, chaleco de tela, pantalón y saco cruzado gris de lanilla, medias oscuras y zapatos marrones de cuero, rematando con un sombrero fedora gris, a tono con todo el conjunto. Diez minutos le toma desayunar, otros diez son para vestirse y lavarse, por lo que siete y veinte se encuentra dispuesto a partir.

Alfredo sale de su habitación, y baja los dos pisos por escalera, uno de los pocos ejercicios físicos que realiza durante el día, hasta la puerta del edificio, sobre la Avenida Boedo. El ruido del canto de los pájaros al amanecer va mutando hacia el murmullo indistinguible de cientos de conversaciones al unísono, que se combinan con el ruido de los motores de automóviles varios, que el oído de los porteños va incorporando a sus

registros.

Abre la pesada puerta de madera que da hacia la calle, sale hacia la avenida, y cierra la misma. Se detiene unos segundos y tantea sus bolsillos, para realizar una de sus tantas ceremonias del día, encender un cigarrillo. Comienza su caminata en dirección a la Avenida Belgrano, donde tomará el tranvía para realizando los saludos reglamentarios por el camino.

Llegando a la esquina, profiere un "Hola Turco" al canillita del barrio, don Omar, quien levanta la mano, mientras arma los diarios del día, con un lápiz en la boca. La Nación, Clarín, La Razón, La Época, Crítica, entre otros, se amontonaban en la pequeña mesa del puesto. Alfredo no compra el diario, ya que lo tiene disponible el Departamento, pero sí le interesaba la revista semanal Caras y Caretas, que le pedía a don Omar sin falta, todos los sábados bien temprano, desde hace al menos dos años.

Parado sobre la esquina, pasan dos coupés, una Ford y una Chevrolet, interactuando de una forma escabrosa con el empedrado de la calle. La continuación de la ceremonia de los saludos incluye a doña Rosa, la almacenera, Carlos, el barrendero de aquellas cuadras, y José Reynoso, el ferretero ex-anarquista del barrio, con quien siempre cruza un saludo y una mirada desconfiada, para que quede claro que, a pesar de su inactividad, sus pensamientos sobre la función policial no se modificaron en lo más mínimo.

Su recorrido no llega a los 200 metros, al menos por la cantidad de pasos diarios que contó en muchas ocasiones, y llega finalmente a la avenida, donde el tranvía que tiene que abordar comienza su marcha, y sin ganas ni tiempo para esperar el siguiente, corre unos metros hasta alcanzar la escalera de subida al mismo, topándose con dos trabajadores que, apostados en el estribo, lo miran con recelo. Luego de las disculpas ofrecidas, todos se disponen a continuar sus rutinas sin mayores inconvenientes: fumar, leer el diario o algún libro de bolsillo, o simplemente mirar a los peatones que circulan.

En camino hacia el Departamento Central de la Policía de la Capital, Alfredo se transforma en el "Inspector Alfredo Carlos Guzmán, Sección Orden Público, División Investigaciones, a sus órdenes", ya que de tanto repetir las últimas tres palabras, las consideraba parte de su cargo. La División Investigaciones fue creada en 1906, esencialmente para hacer trabajos de inteligencia sobre los movimientos anarquistas y revolucionarios de aquella convulsionada, lo que luego se extendió a cualquier movimiento o individuo contrario al poder político de turno. Adicionalmente, y especialmente a partir de los años '30, también se dedicó al combate del hampa, el crimen organizado, que fue tomando forma al calor del crecimiento económico, la aparición del automóvil y la

tecnología disponible.

El "Inspector Alfredo Carlos Guzmán, Sección Orden Público, División Investigaciones, a sus órdenes", con sus 39 años de edad, y 20 como policía de la capital, desde 1932 pasó a formar parte de esta división, como parte de una 'limpieza' interna en la Policía de la Capital.

Proveniente de la Seccional 7ma del barrio de Almagro, formó parte del reducido grupo que trabajó para la caída de la Zwi Migdal en 1930, una banda organizada de proxenetas de origen judío, dedicada al tráfico y explotación de sus correligionarias pobres, mayormente traídas desde humildes poblados de Polonia o Hungría, con la promesa de casamiento y una vida digna.

Desde aquel entonces, este grupo reducido es para sus colegas objeto de distintas emociones. Algunos los miran con los celos y envidia ante su fama de implacables, honestos y buenos policías que se forjaron en su labor; otros los observan y tratan con desprecio, ya que, ante la caída de la organización, fueron muchos los oficiales y suboficiales amigos que cayeron con ellos, como cómplices de esta sociedad delictiva, especialmente en la División Investigaciones. Los menos, especialmente los más jóvenes, aún cargados con los ideales típicos de la edad, los tratan como héroes, y como fuente de consulta ante cualquier obstáculo moral que la carrera policial les presenta, y que lo hará durante toda su estancia allí.

Empero, ante las preguntas sobre el hecho, Alfredo posee una respuesta única, un blindaje semántico, que en la práctica le resultó muy efectivo. – Yo solo cerré 4 o 5 prostíbulos, la organización la desbarató el Comisario Alsogaray, con la ayuda de un juez, soporte político, y una cuota infaltable de antisemitismo- repite de memoria. Si las preguntas se tornan específicas, la réplica no deja lugar a repreguntas: - El comisario escribió un libro de trescientas páginas sobre el caso, allí está todo el detalle.

El tranvía disminuye su marcha cuando llega a Virrey Ceballos, Alfredo se baja y esboza un "Buen día" hacia los dos trabajadores que compartían el estribo, que lo devuelven sin mucha gana. En el Departamento Central lo recibe una puerta de madera de cedro de cuatro metros de alto, con una de sus dos hojas abiertas, por donde ingresa el personal que trabaja sobre el ala del edificio que da a la Avenida Belgrano. Saluda al Cabo Gerardo Gómez, portero histórico del edificio, y posiblemente una de las personas con mayor información sobre los movimientos internos. Camina uno 30 metros hacia la primera escalera de mármol que se encuentra a la derecha, y sube hacia su oficina.

- Buen día, inspector- recibe el saludo respetuoso del Cabo Luis González, sentado en uno de los cuatro escritorios enfrentados, dos de cada lado, que tiene la pequeña oficina. – Buen día, cabo. ¿Alguna correspondencia? – responde Alfredo mientras cuelga su saco gris y su sombrero en el

perchero. – Correspondencia no, pero el Comisario le dejó este sobre- dice el cabo y lo entrega en mano a Alfredo, que lo mira con atención. Es un sobre blanco, sin ninguna escritura, y una hoja escrita a máquina, por lo que puede verse a trasluz.

- El Comisario dijo que cualquier duda, hable con él- afirmo el cabo, señalando la puerta a su derecha, que da al despacho del Comisario. – De acuerdo, cabo- Alfredo se sienta, abre el sobre cerrado con una navaja abre cartas, una de las pocas cosas heredadas de su padre, y despliega la hoja para leerla con atención.

Alfredo termina de leer el acta, se levanta de su silla con la misma en la mano, y se dirige al despacho del Comisario Gutiérrez. - Buen día, comisario. ¿Le puedo preguntar de que se trata esta acta, y porque llega a nosotros a destiempo e informalmente? - dice Alfredo.

- Buenos días, Guzmán- responde apacible el comisario Amílcar Gutiérrez, elevando la mirada sobre unos papeles distribuidos en su escritorio de roble oscuro, en su pequeño despacho, donde cuenta también con un moderno archivero de latón, y siete cuadros colgados a su espalda, mostrando con orgullo las condecoraciones recibidas. Gutiérrez es un hombre canoso, de cabellera abundante y engominada, peinada hacia atrás. Su rostro, afeitado al ras, muestra un hombre maduro por los pliegues de su frente, con cejas finas, ojos claros y mirada penetrante. Es un estereotipo italiano, probablemente herencia de sus ancestros maternos, que remata con una vestimenta similar a la Alfredo, pero más elegante, con un traje entallado, y un elegante moño a tono en vez de la corbata gastada del inspector.

- Usted se refiere al sobre que le deje al cabo para que le entregase? ¿Estaba bien cerrado? - pregunta el comisario-. La respuesta a ambas preguntas es afirmativa, señor- dice Alfredo, parado frente al escritorio.

- Seguramente ya leyó el acta del hecho, que proviene de la seccional 45, una porquería de acta le diré. Aparentemente la joven fallecida tenía algún tipo de relación con un asesor de un diputado nacional de la Unión Cívica Radical, cuyo apellido me voy a reservar. El mismísimo diputado se acercó personalmente, teniendo en su poder lo que usted tiene en la mano, y me solicitó colaboración con el esclarecimiento del hecho. Obviamente acepté su pedido, y afirmé que pondré a mi mejor hombre a disposición, que sería usted, claro está- El comisario relata mientras gesticula ampulosamente con sus manos, como es habitual en él.

- De acuerdo, comisario, pero... - Alfredo comenta, pero es interrumpido inmediatamente- Déjeme terminar y respondo todas sus dudas inspector. Le voy a dar dos semanas para que investigue que pasó con esta señorita, y una semana adicional para averigüe porque estas actas llegan a manos de un asesor de un diputado nacional, cuando deberían llegarnos a

nosotros inmediatamente después del hecho.

- Estoy de acuerdo, comisario. ¿Realizamos una intervención oficial como Investigaciones? ¿Qué tipo de resultado espera?, no me queda claro. Esta no es la forma de trabajar que solemos aplicar, le pido entienda mi sorpresa- Replica Alfredo, en forma respetuosa pero asertiva.

- Guzmán, por el momento le pido investigue el caso, y redacte un informe del tipo que a usted tanto le gustan, muy largos, repletos de detalles y redactados de manera formidable- Dijo en un tono que mezcla halagos con burlas en simultáneo - Una vez realizado ese trabajo, se lo informaremos al diputado en cuestión, y luego analizaré si el caso amerita una intervención formal de nuestra División- agregó el comisario.

- Trabajar por fuera del procedimiento será lo corriente de ahora en más?
- Dijo Guzmán, en un tono tranquilo, pero más enérgico.

- Guzmán, anticipándome a sus típicas objeciones, pensé en cinco motivos por los cuales usted realizará la tarea, lo que es más que suficiente. Primero, porque soy el comisario y así lo ordeno. Segundo, porque es nuestra tarea investigar, por algo somos la División Investigaciones y no la de bomberos. Tercero, porque es mejor esto que andar persiguiendo sindicalistas y partidarios radicales díscolos, hasta encontrarles alguna falta de tránsito o algún amorío extramatrimonial. Cuarto, porque para hacer estos trabajos es que la Policía de la Capital le paga una fortuna de sueldo. Manos a la obra- Afirmó con severidad el comisario, entre la dureza de los primeros objetivos, y la ironía de los últimos dos, intentando empatizar con el inspector.

- Y el quinto? - consultó Guzmán, en un tono ya menos desafiante. -El quinto se lo dije, ya que le molesta tanto como a mí, quiero que indague los motivos por los cuales este informe nos llega a través de un diputado, y fuera de plazo, y no a través de nuestros colegas de la seccional o el Juzgado en lo Criminal, como debería ser. -A sus órdenes- balbuceó Guzmán, y se retiró del despacho cerrando la puerta, ante la implacable argumentación del comisario Gutiérrez.

Alfredo se sienta en su escritorio, y pluma en mano, toma un trozo de papel en blanco. Tiene su propia metodología para esquematizar los crímenes, y si bien no es ni más ni menos efectiva que las desplegadas por otros investigadores, resulta práctica a la hora de redactar los informes, y analizar la información disponible de un modo ordenado. Alfredo se molestaba cada vez que alguna persona no perteneciente al cuerpo policial, le relataba los métodos aplicados por los detectives de las novelas negras tan de moda. Los casos reales eran más sencillos; las motivaciones reales de los crímenes, simples y viles, dinero y quizás pasión, casi siempre combinada con el dinero; y los criminales no eran

particularmente inteligentes, sino salvajes y corruptos.

Pero más allá de ello, el factor que más diferenciaba la realidad de las novelas, y el que más perturbaba a Alfredo, era que en las mismas los detectives empeñaban todo el tiempo en descubrir la verdad, y a partir de allí, el criminal inmediatamente pagaba el precio; cuando en la práctica, la verdad usualmente se sabe de antemano, y el policía honesto no lucha tanto contra el misterio, sino con un sistema corrupto, donde el mismo cuerpo policial, el poder judicial, funcionarios ejecutivos y abogados especializados en la injusticia, intervienen para transformar las pruebas condenatorias en 'indicios poco claros', forzar interpretaciones particularísimas del código penal, e interponer cualquier supuesto motivo de orden práctico a los dos valores que Guzmán consideraba por encima de todos, verdad y justicia. No es que deteste las novelas de este tipo, solo que envidia profundamente a sus protagonistas, ya que ellos investigan y resuelven, no escriben informes, ni contestan oficios, y tampoco tienen que lidiar con los secretarios del juzgado, o corregir la ortografía y redacción de escribas de turno prácticamente analfabetos.

Dibuja dos líneas sobre el papel, perfectamente perpendiculares, con una intersección en el centro de la hoja. En cada uno de los cuadrantes formados, escribe un título. 'Individuos' es el cuadrante superior izquierdo, donde escribe: 'Nombre desconocido (víctima)' y 'Luis Pedro Alcaraz (agente que halló el cuerpo)'. 'Lugar y momento del Hecho' ocupa el superior derecho, donde escribe el horario, el domicilio y el sobrenombre del lugar citado en el informe. 'Móvil' es el título del inferior derecho, donde cita tres clásicos, con un signo de pregunta cada uno: 'Dinero?', 'infidelidad?', 'ajuste de cuentas?'. En el cuadrante restante, escribe la palabra 'Método', y luego redacta 'puñaladas, muerte en el momento, gritos, informe mentiroso'

A pesar de este primer borrador con tan escasa información, sabía que su esquema tenía una ventaja, ya que mientras más información se aportara, la verdad del crimen estaría indudablemente en alguna de las combinaciones que se pudieran generar a partir de los cuatro cuadrantes. Por ello, el primer paso es conseguir dicho caudal de datos, y eso solo resulta posible de interactuar con la única certeza, el agente que reportó el hecho. Respecto al informe policial, el mismo es sospechosamente escueto, y a Guzmán le resulta llamativo como una persona muere a los minutos de que le hayan clavado dos puñaladas, que no se reporten testimonios cuando hubo interacción con los vecinos, el poco detalle de la escena del hecho y algunas cuestiones más. Claramente el informe está pesimamente realizado con alguna intención en particular, y es lo que debe indagar.

La combinación de estos factores, sumado al hecho de que el informe aún no llegó a Investigaciones de manera formal, dirigen las primeras sospechas hacia el agente Alcaraz, o alguien relacionado a él, quizás en su

seccional. El inspector Guzmán, en su estricta concepción de justicia sostiene que cualquier sospechoso tiene ante sus ojos 'la virginidad de la duda', y que una vez demostrado culpable, no volvería a poseerla nunca más. Por este motivo, Guzmán le otorgaría este derecho a Alcaraz, esa noche cara a cara.

Capítulo 3

"Yerba (sic) mala nunca muere"

Proverbio antiguo, adaptado al criollo.

Martes 6 de Julio de 1937 - Villa del Parque, Capital Federal

El sol bajó hace apenas unas horas, son las nueve de la noche, y Alfredo está preparado para hacer valer el beneficio de la duda al agente Luis Pedro Alcaraz, e intentar incorporar más información a los cuadrantes dibujados en su mapa de investigación, hasta ahora casi vacíos. Su única fuente de confianza en la seccional 45 le informó que estará finalizando su turno de vigilancia a las veinticuatro horas, en la esquina de Campana y Tinogasta, la misma que reza el informe.

Desde que cumplió su horario en el Departamento Central, Alfredo hizo algo de tiempo en el bar del gallego Manuel, aunque realmente Manuel era andaluz, y el bar en realidad lo administraba su hijo Pedro, nacido en Buenos Aires. Tomo dos o tres cafés, acompañado de algunos bocaditos, cortesía de la casa. En esas dos horas, reflexionó sobre el caso, como es que abordaría al agente, y en los métodos más eficaces para obtener la mayor cantidad de información en el escaso tiempo que tenía para redactar su informe para el comisario Gutiérrez.

Veinte minutos pasados de las ocho de la noche, tomó el tranvía que lo dejaría a unos doscientos metros del misterioso Palacio de los Bichos. Caminó esas dos cuadras por la calle Cuenca, observando detenidamente el movimiento del barrio a esta hora. Los comercios estaban cerrando su laboriosa jornada, los contados bares y restaurantes, a la mitad de su capacidad, atendían clientes de todo tipo, parejas que disfrutaban una cena fuera de casa, familias que dan un descanso a la cocina, y grupos de amigos que extendieron su horario de charlas vespertinas. Claramente, es una zona tranquila y residencial, donde predominan las familias y la gente mayor, y un crimen de las características del informe es sumamente extraño y llamativo.

Alfredo contempla el palacio desde el otro lado de la vía, el edificio es imponente, aunque no muy diferente a otros que pueden observarse en el centro y el sur de la ciudad. También del otro lado de la vía, hay un policía de una contextura considerable, fumando un cigarrillo y mirando a su alrededor en forma pausada pero atenta. Luce el uniforme de calle, chaquetón con botones hasta el cuello, pantalones bombachos, botas de cuero de caña alta, y gorra reglamentaria; la escasez de insignias confirma lo bajo de su rango. El chaquetón se nota prolijo, de un color negro muy vivo, lo que denota que la ropa es de reciente confección, y por lo tanto, que el agente se incorporó a la fuerza policial hace poco

tiempo. Alfredo saca una pequeña libreta del bolsillo interior de su saco, y con un pequeño lápiz que está metido dentro de la misma, anota estos detalles.

Habiendo analizado el panorama, atraviesa las vías del tren, y se dirige hacia el agente, caminando en línea recta hacia él.

- Agente Alcaraz, soy el Inspector Guzmán, y pertenezco a la División Investigaciones- dice en voz firme y tiende su mano derecha. – Hola Inspector, Agente Luis Pedro Alcaraz, a sus órdenes- estrecha su mano, pero inmediatamente la quita y se la lleva a la sien, saludando en señal de respeto, con una mezcla de confusión y sorpresa en su rostro, ahora añorado.

- Agente, no es necesario ese saludo, no soy su comisario -Alfredo esboza una media sonrisa, a causa del fallido saludo y el 'a sus órdenes' que le profirió el agente-. Estoy aquí a causa del evento ocurrido en aquella casa de enfrente, sobre el cuál usted escribió el informe, y si no le molesta, me gustaría saber algunos detalles del mismo- Alfredo dice en tono cómplice, evitando los términos "preguntar" e "interrogar", que tan intimidatorios suenan.

El agente Alcaraz vuelve en sí, sus ojos toman la forma rasgada original, su semblante adquiere el aspecto serio que tenían antes del saludo, y contesta: <<Ah sí, el homicidio de esa pobre chica, Malenka Goldberg, creo que se pronuncia así el apellido.>>

- Esa misma- afirma el Inspector, fingiendo que conocía el nombre. Su expresión no se conmueve en lo más mínimo, en un esfuerzo para no delatar sus pensamientos. Este talento fue forjado en los años de tratar con proxenetas, policías y funcionarios corruptos, expertos en el engaño, la mentira, y la lectura del rostro ajeno.

- Yo firmé ese informe, pero no lo escribí, fue el comisario Hernández. No debería decirlo, pero no escribo muy bien, aunque mi lectura es fluida- el rostro de Alcaraz muestra algo de vergüenza, y por unos segundos retornan los rasgos añorados del joven catamarqueño.

- No hay problema agente, es algo corriente, con el tiempo mejorará ese aspecto- Alfredo consiente al agente, y se sincera. La incapacidad para escribir un informe es algo cotidiano entre los agentes, aunque en este caso, las irregularidades van más allá de una pobre redacción. Toma nota mental de todos los datos nuevos que, queriendo o no, le aportó el agente: quien escribió el informe, el nombre de la fallecida, y el hecho de que Alcaraz parece una persona sumamente confiada, ya que ni siquiera le pidió la credencial para saber si es efectivamente quien dice ser.

Guzmán saca de su bolsillo derecho el paquete de cigarrillos de cartón, lo abre y toma uno, gira su mano dirigiendo la pequeña caja hacia Alcaraz, que está a su lado, para convidarle uno. – Muchas Gracias, le acepto uno inspector – el agente toma el cigarrillo, mientras Alfredo toma un coqueto encendedor plateado a bencina de su otro bolsillo, y con la abundante llama enciende ambos cigarrillos.

- Hermoso mechero- acota Alcaraz- Muchas Gracias, es un obsequio de una persona cercana que se encuentra en el exterior. ¿Disculpe agente, podríamos ingresar a la mansión? Es fundamental para la investigación dar una recorrida al lugar del hecho- Guzmán pregunta y da una pitada, mirando hacia el palacio.

- No tengo las llaves del frente, creo que el comisario pudo dar con los dueños, pero yo ingresé por el costado. En la esquina hay dos casas separadas por un pasillo, y por este se llega al costado del palacio. – Guzmán ya tenía conocimiento de esta forma de acceder, que fue detallada en el informe, pero escuchó paciente a Alcaraz, analizando detenidamente su tono de voz. El agente no parecía tener ningún interés particular en ocultar o develar información, por lo que Alfredo cedió interiormente una extensión a la presunción de inocencia sobre él. A pesar de ello, no terminaba de fiarse del mismo, quizás por su idea de que 'No hay peor lobo, que aquel que lleva piel de cordero'.

Máximas y valores como aquellos tenían origen en unos de sus recuerdos infantiles más vividos de Alfredo, el de su madre contándole cuentos clásicos, como aquel del lobo. En su adultez, interpretó los mismos como consejos brindados en forma de fábula, y una forma didáctica de alertarle de niño sobre los problemas de los adultos. Sobre ello, a su madre solo le restó aclarar que, en la práctica, los finales felices no existen.

- Lo ideal sería venir con la luz del día, pero ya estoy aquí, y vengo desde muy lejos. Por otra parte, todo sucedió en la noche, por lo cual este horario me da una perspectiva del momento que usted atravesó– Dice Guzmán, y ambos cruzan la calle, dirigiendo al pasillo que permite el ingreso al pequeño jardín al costado de la casa. Saltan la puerta de rejas, primero Guzmán, luego Alcaraz, y se dirigen hacia el ventanal que este último abrió hace casi cinco días para poder ingresar a la vivienda, y nadie se molestó en cerrar. Otra nota mental para Alfredo.

Una vez dentro de la mansión, Alcaraz toma el camino hacia el otro lado de la casa, donde halló el cadáver de Malenka, mientras Guzmán lo sigue. En el camino, encienden el foco del camino que atraviesa la mansión de lado a lado, llegando a un hall, donde se observa el ventanal abierto (otro más, una nueva nota mental para Alfredo) que da hacia el jardín donde el agente terminó aquella noche. Llegan al lugar, y señalando un poco pasto aplastado el agente dice: <<Ahí estaba el cuerpo, boca arriba. Ella estaba fría y muy blanca>>. Guzmán se acerca al pasto, se agacha y observa con

atención, pero sin tocar nada. - ¿Fría y pálida la encontró? ¿Había oído el grito de ella unos minutos antes?- Pregunta Guzmán, sin cambiar de posición ni levantar la mirada.

- Así es, inspector- responde Alcaraz, mientras Guzmán, agachado, toca unos brotes de pasto, con la mirada atenta. - ¿Vinieron a revisar el área los expertos?- pregunta Guzmán adrede, sabiendo que es la propia Sección Investigaciones quien debería hacerlo, y que de haber pasado, él tendría información al respecto.

-Vino gente a llevarse el cuerpo, y estuvieron trabajando dentro de la casa, yo les relaté los hechos tal como fueron, les enseñe el lugar que está viendo usted, pero desconozco que pasó después. Generalmente estoy aquí solo por las noches- Contestó el agente.

- Voy a inspeccionar el resto de la casa unos minutos; si lo desea, puede volver a su puesto, no le quito más tiempo agente. Muchas Gracias- Guzmán afirma, y Alcaraz asiente con la cabeza. Ambos entran a la casa por el ventanal abierto, y mientras el agente inicia el camino a la salida, Alfredo encara hacia su derecha, al fondo de la casa. El pequeño foco del pasillo apenas arroja algo de luz sobre el hall, pero permite vislumbrar una escalera hacia el primer piso, a unos diez metros de su posición actual. Guzmán la toma, y al subir los escalones, una sensación de escalofrío recorre su cuerpo y lo pone en alerta.

Al final de la escalera, se abre un corredor alfombrado en rojo, algo desgastado, con tres puertas a la izquierda, dos de ellas se ven de frente, y la restante se encuentra al final del corredor. Hay un interruptor visible appena sube la escalera, lo activa, y un foco incandescente de gran tamaño tiñe toda la escena de amarillo. Por debajo de su saco, tantea la pistola Colt, enfundada en cuero en el costado derecho de su cintura, y camina sobre el corredor hacia la primera puerta, sobre la que se pone de frente. Con la mano izquierda gira la manija de bronce, de gran confección, y empuja la puerta con un golpe seco, provocando un ruido a madera vieja y bisagras oxidadas. Mirando de frente hacia la habitación, desenfunda velozmente su pistola y -Zas!- en un segundo se encuentra apuntando hacia un inodoro de principios de siglo.

Una sonrisa tenue pobla su rostro, que aún no pierde la expresión tensa, los ojos atentos hacia adelante, rotando la mirada en intervalos hacia ambos costados, y las cejas fruncidas al centro de la cara. Se desplaza lateralmente hacia su izquierda y repite la operación, y esta vez queda apuntando hacia un mueble de cama sin colchón, una habitación amplia que parece haber sido un dormitorio, con un hogar con chimenea hacia su derecha, y una cómoda grande hacia la izquierda de la puerta. Guzmán libera un suspiro, y su respiración entrecortada se alivia tenuemente,

aunque no en forma total, ya que aún queda la última opción.

Enfila su marcha hacia el final del corredor, pistola en mano, y abre la puerta al final del corredor. Al apuntar su arma hacia adelante, la escena ante sus ojos lo paraliza unos segundos, generándole una enorme confusión y sorpresa. En una habitación grande y vacía, y de espaldas a él, un niño pateaba un bollo de papel, que hace las veces de pelota de fútbol. El inspector baja el arma, pero no disminuye su alerta; el niño por su parte da la vuelta, sorprendido ante el ruido, y observa fijamente a Guzmán. Tiene ojos claros y expresión inocente pero segura, piel blanca, cachetes levemente colorados, y algunos pelos castaños que asoman por debajo de una boina marrón. Su vestimenta llama la atención, lleva puesta una camisa blanca impecable, con tirantes hacia un pantalón corto marrón a tono con la boina, confeccionado en una tela rústica, pero de corte elegante y prolijo. Remata con unas medias blancas como la camisa y zapatos de cuero lustrado.

- Niño, que haces aquí? - pregunta Guzmán, intentando disimular su estupefacción. - Estoy jugando, ¿Usted es el señor Guzmán? - Contesta y repregunta el niño, a la vez que toma el bollo-pelota de papel con sus manos. - Si, soy yo, ¿quien pregunta?- responde ya sin ocultar el asombro en su expresión. El niño le ofrece el bollo de papel a Guzmán, que lo toma y abre rápidamente, con una ansiedad que desconoce.

Es un panfleto de la Unión Cívica Radical que reza el lema "ALVEAR VUELVE" en su cabecera, y un texto con letras más pequeñas que lo acompaña, claramente en alusión a la vuelta del exilio que mantenía a Marcelo Torcuato de Alvear en Francia, y que finalizó este año, en ocasiones de las elecciones presidenciales a realizarse dentro de unos meses. Este panfleto fue impreso miles de veces, y se repartió a destajo por la ciudad, pero en este caso tenía un detalle particular, ya que el apellido Alvear se encontraba prolijamente tachado, y por encima, escrito con un trazo grueso, otro apellido lo reemplazaba, leyéndose el título modificado como "MALOVISKY VUELVE".

Al ver esto, una sensación de terror se apoderó de Guzmán. Este apellido le resultaba familiar, demasiado familiar. Al terror del apellido se suma la sensación de incompreensión del momento, ya que no halla ni la más mínima vinculación entre el panfleto, el crimen, y el extraño niño, que no encaja en el lugar: jugando en el primer piso de una mansión abandonada, vestido de manera impecable pero anticuada, y rematando con pantalones cortos en un invierno particularmente frío. Sacude su cabeza y mira nuevamente el papel, y confirma que no es su imaginación, la frase sigue allí.

Vuelve su mirada hacia el niño, pero el mismo no está en la habitación. Escucha unos pasos por la escalera que, por el nivel de ruido, coinciden con los pequeños pies del infante y sus zapatitos. Camina hacia la

escalera, aún extrañado por la situación, pensando en que estuvo mirando el papel y repasando la situación solo unos segundos, como para perder de vista al pequeño. Baja las escaleras hacia el hall previo a la escalera, el mismo está vacío, y los ruidos de los pasos se desvanecieron. Se desplaza hacia el ventanal abierto, desde donde observa el lugar donde hace unos minutos estuvo con el agente Alcaraz, y tampoco se observan movimientos. Entonces, decide salir de la mansión tomando el camino conocido, atraviesa el corredor de la planta baja, donde aún la luz se encuentra encendida, luego traspasa el ventanal abierto, y finalmente sale a la calle por el pasillo, saltando la reja.

En ese corto tramo del pasillo hacia la calle, sumido en un mar de interrogantes, alienado y aún nervioso, aparece la cuota de racionalidad y frialdad que lo caracteriza y destaca por encima de sus colegas, y en cuestión de segundos transforma la tensión de las emociones en agudeza mental para procesar los eventos recientes. Guarda el papel en el bolsillo interno de su sacón gris, y disminuye el ritmo de su paso a una caminata ligera, casi displicente, para disminuir su ritmo cardíaco. Ya sobre la calle que da a la vía del tren, gira su mirada a la izquierda, observando que el agente está parado en la esquina de siempre, fumando otro cigarrillo, y con la mirada que rotaba de izquierda a derecha en forma lenta y relajada, como cuando lo vio por primera vez al bajar del tranvía.

Si bien la primera opción sería preguntarle sobre el niño, esta no es la más conveniente. En primer lugar, el papel estaba claramente dirigido hacia él, por parte de alguien que lo conoce, y la muerte de Malenka está vinculada a ello, aunque aún no puede descifrar como. Por otra parte, si Alcaraz efectivamente no forma parte de esta trama, es extraño que no haya retenido a tan extraño niño a estas horas de la noche. Asimismo, si el agente no está con el niño, o bien Alcaraz es un eslabón necesario del suceso, o bien el niño nunca salió de la casa por aquí. Todas estas opciones aparecieron como un diagrama en la mente de Alfredo en cuestión de segundos.

Manteniendo el ritmo de la caminata, Guzmán se acerca a Alcaraz y le comenta: <<Pude observar lo que necesitaba, ¿todo en orden por aquí?>> -Si inspector, con este frío la gente se mete a su casa, así que la calle es un desierto- contesta el agente, y Guzmán piensa lo bien que hizo en no delatar su posición.

-Muchas Gracias por todo agente- dice Guzmán y tiende la mano hacia Alcaraz, mirándolo fijamente a los ojos, escrutándolo nuevamente. Este le estrecha firmemente, y devuelve el contacto visual con una mirada sostenida y firme, pero serena, que Guzmán traduce en una tranquilidad que no le permite encontrar indicios sobre culpabilidad alguna. - No hay porque, a sus órdenes- replica Alcaraz gentilmente.

Alfredo traza su camino de vuelta hacia el tranvía, ya en sus últimos recorridos del día, con la mirada perdida al suelo. Intenta sin éxito encajar las piezas de los eventos de hoy, y enlazarlos con el crimen que fue a investigar. Mientras la euforia y la extrañeza de los eventos van dejando paso al frío y el silencio de la noche, aún no logra entender como un aparente homicidio en un barrio alejado de la ciudad, se vincula con Malovisky, y sus acciones policiales del pasado contra la trata de blancas, ocurridas hace más de seis años. Lo invade un pensamiento: <<Nada de esto tiene sentido>>, aunque mantiene la fe intacta sobre su capacidad de resolución de asuntos complejos, y una profunda convicción sobre la idea de que cualquier hecho tiene explicación, solo hay que dedicarle tiempo al hallazgo de la misma.

Ya dentro del tranvía, sentado en unos de los bancos dobles de madera en el medio del vagón, y claramente fuera del alcance del agente Alcaraz, extrae nuevamente el papel que el niño le entregó hace unos minutos, y que fue preparado exclusivamente para él, no tiene dudas. La leyenda "MALOVISKY VUELVE" sigue ahí, intacta, sin posibilidad de ser malinterpretada.

Llega a su departamento en Almagro siendo las diez y media, y la tensión va dejando paso a un profundo cansancio que se apodera por completo de su cuerpo. Se quitó la vestimenta del día, excepto la ropa interior y las medias, y ahora lleva puesto su viejo pijama a cuadros rojos y amarillos. Sentando en el borde de la cama, agacha levemente su mirada, y cubre su frente con las palmas de las manos, como queriendo contener las ideas que parecían escaparse de la cabeza. Un torbellino de imágenes se abalanza sobre su consciente, pero todas ellas solo aportan más confusión:

¿Por qué no había ni una gota de sangre, ninguna marca sobre la investigación? ¿Porque una casa abandonada tiene electricidad y se encuentra tan bien mantenida? ¿Como es que un niño en pantalones cortos y camisa no tiene frío? ¿Qué hace allí, a esa hora, si claramente no vive en la calle? ¿Quién le dio al niño ese mensaje para él? ¿Como y cuanto sabe de la historia entre él y Malovisky?

Agobiado, se recuesta, y permite a su cuerpo y mente tomar un descanso.

Café de los Angelitos, Villa Crespo, Capital Federal

Son las veintitrés horas y diez minutos, según marca el amarillento reloj de pared del café. Desde afuera del mismo, a través de los múltiples vitrales, se puede observar una densa nube de humo, que hace las veces de cielorraso artificial del lugar. En el interior, el establecimiento se encuentra ocupado a la mitad de su capacidad, básicamente por 'caferatas', rufianes o proxenetas, que desde la prohibición formal de la

prostitución el año anterior, se debaten entre la continuidad clandestina de su labor y cualquier otra actividad que les permita sostener su vida de malandras. El resto de los clientes, se reparte entre melancólicos, vecinos con insomnio y algún que otro despistado de hábitos nocturnos.

Los rufianes, o ex, según el caso, se distinguen fácilmente por su elegante vestimenta. Trajes negros, camisas blancas, algunos con pañuelos, otros con moños de seda, los menos con corbata; rematados por sombreros tipo bowler, con la corona abombada, o tipo porkpie, mas clásicos, siempre de colores oscuros.

Los camareros, vestidos de camisa blanca larga abotonada hasta el cuello, un pequeño moño negro, y delantal del mismo color, reparten café y comida, aunque desde la caída de su actividad principal, los rufianes consumen mucho menos, la clandestinidad está atravesando un momento recesivo. El más alto de todos los camareros del lugar se acerca a una de las mesas en el centro del salón, donde uno de estos caferatas, con pañuelo de seda blanco, afeitado al ras y de cejas prominentes, lee el diario. – Señor Molinier, desde el teléfono quieren hablar con usted, una persona llamada Luis, ¿desea atenderlo?- dice el gigante respetuosamente. -Si, muchas gracias José.

Pedro Molinier, hijo del francés Pierre Molinier y la madrileña Azucena Vázquez, era uno de los personajes más reconocidos y prominentes del barrio de Once. Dueño y administrador de varios negocios de dudosa moralidad, la prohibición de la prostitución no pareció haberlo afectado tanto como al resto de sus colegas, y sus actividades se desplegaban en el ámbito legal y clandestino.

Adicionalmente, su origen francés le permitió continuar sus actividades con menores inconvenientes que sus pares judíos, ya que luego de la caída de la red de trata Zwi Migdal, poseer un apellido hebreo era sinónimo de una condena inmediata, ante el más mínimo indicio de ilegalidad. Por ello, incorporó a su red a gran parte de la 'mano de obra ociosa' que esta red dejó en el camino, ampliando su influencia territorial, y acaparando la prostitución clandestina de gran parte de la ciudad bajo su ala. Además de ello, diversificó sus negocios hacia el contrabando, los préstamos, la compra legal de inmuebles, los alcaloides, y hasta la seguridad privada, cumpliendo una de las reglas del Talmud Babilónico, que curiosamente sus colegas judíos habían ignorado: "Una persona debería tratar de dividir su dinero en tres: un tercio en tierras, un tercio en negocios, y un tercio en la mano".

Molinier se acerca a un extremo de la barra del bar, y quien estaba detrás de la misma entrega una café, le acerca el teléfono negro de baquelita con el tubo descolgado, estirando el cable, y vuelve a sus quehaceres, otorgando la privacidad y discreción que caracteriza al Café. Molinier toma el tubo, y poniéndoselo sobre la oreja dice: <<Hable>> en un tono

monocorde. Durante treinta segundos escucha pacientemente lo que dicen del otro lado, y cuando su interlocutor finaliza el discurso, afirma: <<Gracias, manténgame al tanto de cualquier otra novedad>>, cuelga el tubo y deja el aparato sobre la barra.

Se pone de pie y encara hacia una de las mesas del fondo del café, con su típico andar firme y acompasado, sin demostrar tensión, apuro, ni tampoco relajación; mientras los tacos de sus zapatos de charol marcan un ritmo perfecto cuando se combinan con el parqué del lugar. En la mesa del fondo que está ahora en su mirada, cuatro hombres vestidos de traje negro compiten a los gritos en una partida de naipes, acompañados de vasos de cerveza, cigarrillos, billetes sueltos y unos porotos, lo que muestra que están jugando 'Truco'.

Al acercarse Molinier, la mesa se torna repentinamente silenciosa, transformándose los cuatro gritones en cuatro mudos, en señal de respeto y miedo hacia el jefe. Éste se agacha levemente para susurrar al oído de Tadeo Kozlowski, el más joven de la mesa, quien se incorpora inmediatamente, con el cuerpo rígido, en un movimiento casi militar. Pedro le golpea suavemente el hombro, intentando transmitirle tranquilidad, atento a la tensión que Tadeo manifiesta. – Ahora se los devuelvo caballeros, así lo pueden seguir desplumando- Dice Molinier y los otros tres estallan en carcajadas, a medio andar entre forzadas y reales.

Ambos se dirigen hacia la mesa del centro donde Molinier leía el diario antes de ser interrumpido. – Kozlowski, necesito colaboración suya para una cuestión muy importante- pide el jefe mientras el joven lo mira fijamente, con sus cejas coloradas en alto, los ojos redondos y marrones, y su cara afeitada al ras, salpicada por unas pecas que contrastan con su densa palidez, y le otorgan una apariencia de mayor juventud aún. -Tengo la información de que un inspector de Investigaciones, de apellido Guzmán, estuvo en la Mansión de los fantasmas, en Villa del Parque- Kozlowski asiente con la cabeza, y sus labios van dibujando una tímida media sonrisa, mientras sus cejas bajan, y los pliegues de la frente se aplanan- Tengo el conocimiento de que en sus trabajos anteriores usted sufrió a esta persona, aparentemente incorruptible. No podemos seguir sumando problemas en la mansión, donde ya estamos lidiando con lo de esta chica Malenka. Lo que menos nos conviene ahora es tener encima a un cana con aspiraciones de Sherlock Holmes- Termina la frase Molinier, con un gesto de indignación, y bebe un sorbo de su café, ya frío.

- Por lo que le acabo de decir, le voy a encomendar el siguiente trabajo: utilice los elementos y contactos que tenemos a disposición para correr a este hombre de la causa y de la casa, sin llamar la atención y sin utilizar violencia. Aún mejor si él mismo no se entera que fuimos nosotros. Pudimos arreglar la relación con la municipalidad, la seccional y el juzgado, un simple inspector no puede jodernos- Molinier golpea la mesa sin demasiada violencia, y una expresión de enojo pudo verse durante

unos segundos. En un instante, su rostro vuelve a la frialdad acostumbrada.

- Me pongo a trabajar inmediatamente en el asunto- Dice el joven pecoso, ya sin la media sonrisa, pero con un gesto confiado- Tiene dos semanas, no más- agrega su jefe, a lo que el otro asiente, y luego Molinier hace un gesto moviendo la mano hacia afuera, como liberándolo. Kozlowski se pone de pie y vuelve hacia su mesa, donde perderá el dinero que aún tiene en su bolsillo, y en el corto trecho que camina dentro del bar, susurra en voz baja hacia si mismo <<Guzmán, Guzmán, Guzmán>>>

Capítulo 4

"Cuando un hombre no tiene sus ideas en orden, cuantas más tenga, mayor será su confusión"

Dale Carnegie.

Miércoles 7 de Julio de 1937 - Departamento Central de la Policía de la Capital, Capital Federal

Alfredo se encuentra en su escritorio desde las 7 de la mañana, una hora antes de lo habitual. Sus ojos, irritados e inyectados de sangre, sus parpados a medio cerrar, y unas ojeras oscuras y profundas, delatan que su descanso no fue el ideal. Miércoles es día de traje marrón oscuro, saco simple de dos botones, tirantes y corbata símil seda; prefirió no usar sombrero y peinar su cabellera hacia atrás, sosteniéndolo con abundante fijador. Alfredo tiene pelo en abundancia, castaño oscuro y prácticamente sin canas, que combinaba a la perfección con su bigote recortado al detalle.

Son las 8 de la mañana, y el lugar comienza a poblarse de empleados que llegan a horario, mientras Alfredo se encuentra mirando fijo la hoja de papel con los cuatro cuadrantes que había esbozado hace unos días.

Ya con mucha más información, los cuadrantes comienzan a carecer de espacio. En "Individuos" sumó tres ítems, recordando que había omitido incluir al diputado que acercó el informe en primer lugar, y luego anotando en letra mayúscula "MALOVISKY" y "¿ALFREDO GUZMAN?". En el cuadrante "Lugar", garabateó la frase "sin rastros de sangre", mientras que en la pestaña "Móvil", escribió en una línea "Relacionado a hechos anteriores de Malovisky". Alfredo toma la hoja con una mano, levanta la cabeza y posiciona el papel para verlo de frente, como quien aprecia un billete para confirmar su autenticidad.

El cabo González ingresa a la oficina en un traje gris de fina confección, pelo corto sin sombrero, zapatos marrones y una corbata de seda a tono. -Buen día, inspector- dice, con la tonada tucumana aún fresca, a pesar de sus años en la Capital Federal. Guzmán hace caso omiso del saludo y continúa observando fijamente la hoja, como esperando que la tinta que acababa de volcar sobre ella le revele algo.

Unos minutos más tarde, arriba a la oficina el comisario Gutiérrez, a paso apresurado, y luego de un escueto <<Buenos días>> ingresa a su despacho personal, dejando la puerta abierta. Se quita su overol gris oscuro, dejando al descubierto su traje negro entallado, y lo cuelga en el perchero de su despacho, junto con su sombrero. Al sentarse, revisa un montículo de informes, expedientes y órdenes del día dispuestos sobre su

escritorio en forma irregular. Luego de una lectura rápida dice: - Guzmán, acérquese un momento.

Alfredo tuerce su mirada hacia la derecha, con los ojos perdidos, como a quien acaban de despertar, se pone de pie y avanza hacia el despacho, y mientras los tacos de su calzado golpean el parqué en tonada militar, profiere un afable <<Buen día González>> como si nunca lo hubiera visto. El cabo contesta el saludo, con una disimulada risa, acostumbrado a los pequeños desvaríos del inspector.

Al ingresar al despacho, el comisario le pide: -Cierre la puerta, por favor - el inspector obedece.

-Guzmán, tengo en mis manos documentación de la causa Milenka Goldberg, así se llama la joven fallecida en Villa del Parque. Esta vez, la misma provino por los canales oficiales, desde el Juzgado en lo Criminal que conduce el Juez Ramiro López del Solar, lo cual despeja mis dudas iniciales sobre la demora en el envío. Dentro de los documentos, está el expediente, una copia del informe policial que ya tenemos en nuestras manos, un informe pericial, y el informe de la autopsia. ¿Usted dispone de algún dato adicional?

-Me acerqué el lugar del hecho, y tuve una conversación con el agente que aparece en el primer informe. Lo redactó el comisario de la seccional, no él, y a su vez tenía cierta información, como el nombre de la chica, que compartió conmigo sin querer, pero que no figura en el escrito. El agente se mostró colaborativo -explicó Guzmán escuetamente, sin entrar en los detalles de aquella noche.

- ¿Pudo acceder a la casa? -deslizó Gutiérrez.

-Si, pero no por la puerta principal, sino por un costado, que fue por donde accedió originalmente el agente. A su vez, me comentó que el comisario de la seccional había contactado a los dueños y tenía las llaves en su poder. Es una casa sumamente particular, posee un gran lujo, detalles en madera, mármoles hermosos, en fin, una mansión digna de la aristocracia de principios de siglo. Se encuentra deshabitada, pero me llamó la atención que posea mobiliario en buen estado- Alfredo se toma una pausa, y vuelve al relato.

-Además, estuve haciendo algunas averiguaciones por mi cuenta, con un contacto que tengo en la seccional, aunque no tiene acceso a este caso, es solo un escribiente. Existe una historia sobre los primeros dueños, más bien una leyenda, ya que aparentemente murieron en un accidente hace casi treinta años, y desde aquel momento abundan en el vecindario relatos, fábulas y chismes de apariciones, espectros y cosas por el estilo - abre las manos en un gesto de incompreensión- No digo que los fantasmas existan, pero ese halo de misterio no colabora con nuestros fines- remata

Alfredo.

- Fantasmas... -afirma Gutiérrez lentamente en tono burlón, dibujando una sonrisa y moviendo la cabeza afirmativamente.

- Historias como esas sirven para encubrir la realidad, alejar a los curiosos y amedrentar a los valientes, eso usted lo sabe tanto como yo, comisario. Los fantasmas existen porque los vivos los necesitan -afirma Guzmán seriamente, y señalando con su dedo índice de la mano derecha hacia afuera del despacho continúa diciendo- pero esa casa tiene dueño, alguien paga las cuentas a la compañía de electricidad, y el mantenimiento general, y saber quién lo hace sería de suma utilidad -dijo en un tono más enfático, moviendo el brazo derecho en sincronía con su voz.

-Guzmán, tome estos papeles, son suyos. Respecto a los dueños de la casa, el cabo González tiene una persona de confianza trabajando para la Dirección de Catastro municipal, pídale ayuda a él -el comisario enciende un cigarrillo.

- ¿No deberíamos pedir que el Juzgado emita un oficio? -cuestiona Guzmán.

- Deberíamos, pero lo vamos a hacer de esta forma, así averiguamos el nombre de los fantasmas... -Gutiérrez se burla nuevamente, y disfruta, aunque sea por una milésima de segundo, desencajar el inmutable rostro de Guzmán- Este juez es de la antigua camada, y si esta joven, por casualidad, está vinculada de alguna manera a algún círculo mafioso o criminal, como lamentablemente sospecho, no nos va a ser de mucha ayuda. Recuerdo haberlo apresado en alguna redada que realizamos en los tugurios nocturnos de Villa Crespo, hace algunos años ya, rodeado de varias mujeres y hombres de dudosa reputación, botellas de whisky escocés del bueno y sustancias químicas, que no eran analgésicos precisamente. No es un individuo cuya inteligencia me deslumbre, y mucho menos un justiciero implacable, pero es López del Solar, no Guzmán ni Gutiérrez, ¿me comprende? -explica el comisario.

- Comprendo, ¿usted dice que puede estar vinculado al hecho?

- No necesariamente, pero es ineficiente, miedoso y poco colaborativo, como ya lo demostró con esta demora injustificable. Sin embargo, es intocable y está muy bien conectado, aquella vez no llego ni a pisar el calabozo de la seccional, que el comisario mayor ordenó liberarlo -un leve gesto de indignación aparece en el rostro de Gutiérrez-. Será más efectivo evadirlo, debemos armar un caso donde no tenga más opciones que accionar - exhala una bocanada de humo blanco, toma los informes del caso y extiende los mismos hacia Guzmán, que los toma.

- De acuerdo comisario. Le hago una última pregunta: ¿Qué diputado le acerco el informe?

- Un tal Manuel Torres, diputado por Corrientes. No corroboré aquello - afirma restándole importancia.

- De acuerdo, con su permiso -Alfredo se retira del despacho, cerrando la puerta. En el camino hacia su escritorio, se detiene en el del cabo González, repitiendo el ruido militar con sus tacos, y conversa un minuto con él para pedirle su colaboración según la charla previa con el comisario. Luego se sienta en su silla, dispuesto a leer los nuevos documentos.

Antes de leer, toma su hoja de ruta, y en el cuadrante 'Individuos' agrega el apellido 'Lopez del Solar'. Asimismo, se cuestiona internamente si no debería haber sido más abierto con respecto a sus hallazgos; aunque al instante reconoce que ello solo habría llevado mayor confusión, y una acusación de paranoia, que no sería la primera vez que oye por parte de Gutiérrez. Una vez que la niebla actual se disipe, entregará los detalles, se repite a sí mismo.

Alfredo toma en sus manos los tres informes. El informe policial es una copia idéntica al que ya recibió, ambas redactadas con las máquinas Remington utilizadas por las seccionales de la Policía de la Capital; lo guarda prolijamente en el cajón derecho de su escritorio.

El informe pericial, de ocho páginas de largo, contiene una detallada descripción de la mansión, la vista de Alfredo filtra los datos nuevos y relevantes: "se observa un ventanal superior, del cuarto piso hacia el fondo de la casa, completamente destruido, y restos de vidrio en la planta baja"; "el cuerpo se halla recostado sobre el suelo, a 5 metros de la puerta principal"; "no hay rastros de sangre en la casa, excepto en la cocina de la planta baja". Guzmán levanta su cabeza, mirando al techo, y se toma un minuto en dicha posición; luego toma este informe y lo guarda al igual que el anterior.

Finalmente, observa el informe de la autopsia, con detalles anatómicos a los que ya está acostumbrado: los lunares de la víctima, el estado generalmente lamentable de sus piezas dentales; en caso de accidentes traumáticos, una lista de los huesos rotos; y en caso de fallecimiento por armas de fuego, los orificios de entrada y salida de los proyectiles. Sus ojos, entrenados en estas lecturas, lo guían hacia las siguientes frases: "se observan dos orificios, producidos por un mismo elemento cortopunzante, que parten desde debajo del esternón, uno por cada costado hacia los pulmones"; "el pómulo izquierdo presenta un hematoma traumático, y una marca sobre la piel, que se presume producida por el mismo golpe, con una forma similar a la letra X, de cuatro centímetros de largo, por dos de ancho"; "a partir de lo analizado, se concluye que la

causa de muerte más probable es el paro cardio respiratorio, provocado por una hemorragia prolongada, derivada de las heridas mencionadas”.

Al terminar de leer esto, un fuerte dolor de cabeza invade Alfredo, surgiendo desde ambas sienes siente como el dolor se propaga hacia el centro, y como reflejo, se toma la frente con las dos manos, la derecha cubriéndola, y la izquierda sobre esta última, en forma de contención. Luego de unos segundos, toma de su cajón una pequeña cajita metálica, de latón, sin inscripciones, la abre y recoge una de las pastillas en su interior, depositándola en su boca. El dolor no desaparece, pero disminuye su intensidad disminuye paulatinamente. Algo en esos informes no encaja, o encaja demasiado bien, no logra comprenderlo aún, pero siente una gran necesidad de guardarlos en su cajón, y seguir con ellos el día siguiente.

Durante el resto del día, Alfredo puso al día tareas administrativas pendientes, redactó notas por otros casos, completó formularios, y realizó dos procedimientos fuera de la oficina. Finalizó su día en la oficina a las 19.30, dos horas mas tarde de lo habitual; pensando sobre la enorme cantidad de tiempo que demora cumplir con todos los procedimientos legales, comprobó por enésima ocasión en que era más fácil y sencillo hallar la verdad, que cumplir con la ley.

Al salir del departamento, la luz natural había dejado paso a la oscura noche, y a los faroles que teñían las calles con ese tono entre amarillo y anaranjado que emanaban los focos, y que se reflejaban tenuemente en el empedrado de la avenida. La zona se encontraba relativamente vacía pero no desierta, los bares y restarauntes estaban todavía abiertos, y algunas parejas y hombres solos deambulaban sin rumbo fijo. Guzmán sostenía en sus manos un sobre de papel madera, con el informe pericial y la autopsia, para releerlos y analizarlos detenidamente en su departamento, en busca de más indicios que arrojaran luz sobre el confuso episodio.

Oye un sonido disruptivo a lo lejos, y cuando da vuelta su cabeza para observar a que se debe, un joven a toda velocidad lo embiste sobre su costado izquierdo, arranca de su mano el papel madera, casi sin resistencia de su parte, debido a la sorpresa del evento, y larga a correr a toda velocidad por la Avenida Belgrano. Alfredo grita <<Alto>>, omitiendo su función de policía, que no desea revelar. Se presta a perseguir al joven, maldiciendo internamente su hábito de fumador, el pesado almuerzo que ingirió al mediodía, y su escasa capacidad atlética. A pesar de ello, una carga de adrenalina, le permite un respetable sprint de 100 metros, para dar alcance al joven, cuya marcha se ralentizó a causa de un tropezón provocado por una baldosa floja.

Guzmán se abalanza sobre la espalda del ladrón, y lo tira al suelo, apoyando todo el peso de su cuerpo sobre él, y una rodilla en la espalda para inmovilizarlo. Lo toma del cuello con la mano izquierda, y regulando

la fuerza con su rodilla, logra girar el cuerpo del joven para verlo de frente; el mismo resiste inicialmente, pero en unos segundos cede ante la mayor fortaleza y tamaño. Alfredo lo observa, respirando entrecortado, terriblemente agitado y con un gusto metálico en su boca, fruto del repentino esfuerzo físico. El ladrón de sobres tenía un traje marrón, de humilde confección, un corbatín y tirantes; no tenía más de 16 años, lo delata su piel y los escasos pelos en su bigote. De ojos marrones, pelo claro y pecas, el terror invade su semblante, los ojos se tornaron llorosos y una expresión de dolor se denota en sus labios apretados.

Alfredo lo toma de la camisa, por sobre debajo del cuello, y lo zamarrea con las fuerzas que le quedan, mientras le grita: - TE MANDÓ... - interrumpe agitado, respira hondo y sigue- TE MANDO ALGUIEN DE MALOVISKY-toma aire nuevamente- DECILE A ESE HIJO DE P... -No llega a terminar el insulto, que el muchacho, en un movimiento abrupto se libera del encierro, ya que Guzmán había disminuido su esfuerzo ante la menor resistencia. El joven sale disparado, dejando el sobre papel madera sobre el piso, Alfredo lo toma, ya sin energías para correr, sorprendido de que el ladrón dejó el objeto preciado.

Sin aire, conmocionado y desalineado, se pone de pie, y se acomoda se pelo con un pequeño peine que extrae del bolsillo interior de su saco, intentando relajarse mientras introduce aire en sus pulmones. Introduce el objeto nuevamente en el mismo bolsillo, y luego se quita el saco, y tomándolo por el cuello con su mano izquierda, lo estira sacude el polvo con la otra mano.

Mientras realiza esta acción, nota algo extraño al tacto en la espalda del saco, y con las dos manos lo expande. En medio de la tela, aparece un trozo de papel amarillento pegado recientemente, por la humedad del mismo, con una X en color negro trazada a mano, del tamaño de la palma de su mano. Inmediatamente recuerda el informe de la autopsia de Milenka Goldberg, la X en su pómulo, y la migraña vuelve a atacarlo, aún con más furia que durante la mañana.

Cruza la Avenida Belgrano sin llegar a la esquina, un Mercedes Benz 170 hace sonar su bocina en forma de reproche, aunque Alfredo no registra ningún sonido más que su voz interior, que le repetía varias ideas en forma aleatoria:

<<Estoy metido en su juego, debo tomar la iniciativa>>

<<Malovisky se fue muy lejos, han de ser otras personas, no puede ser Malovisky>>

<<Están al tanto de mis movimientos>>

<<Conocen los procedimientos, para llegar a la verdad debo actuar por fuera de ellos>>

Sabiendo que apenas pudo conciliar el sueño la noche anterior, esta será aún peor. Retornar a su hogar no es opción, por lo que decide nuevamente ir hacia el Palacio de los Bichos, esta vez sin que lo esperen. En el tranvía será fácilmente observable, reflexiona, y en el transporte colectivo también, sumado a que no hay un recorrido que lo acerque hacia aquella zona. Decide frenar un taxi e ir por otro camino, transitando las últimas cuadras a pie. Un Ford V8, negro reluciente, para a su lado.

Alfredo abre la puerta trasera del automóvil, y no llega a acomodarse mientras brama al conductor: -Avenida Beiró y Cuenca, Villa del Parque, rápido- El conductor asiente con la cabeza, baja la bandera del taxímetro, disparando un 'tic tac' sostenido, y no emite palabra al notar el parco humor del pasajero. La velocidad del viaje en combinación con el empedrado de las calles transformar el automóvil en una coctelera, y la migraña de Guzmán se acentúa.

El recorrido transcurre en silencio, y al llegar al destino, Guzmán entrega un peso al chofer, en monedas de diez centavos, y baja del Ford, algo aturdido por sus ideas y la vibración del automóvil durante los veinte minutos del viaje. Camina unas cuadras por la calle Cuenca, sobre la calle contraria a la mansión, y lo más cerca de la fachada de los negocios que sea posible sin llamar la atención. Atento al frío, que recrudece en este horario, coloca las manos en los bolsillos laterales de su pantalón.

Divisa a lo lejos la cúpula verde que destaca sobre el resto de las edificaciones, y sus ojos se transforman en un radar de rostros sospechosos. Reconoce a un policía merodeando la cuadra enfrente al palacio, emanando vapor y humo de cigarrillo en cada respiración, delatado por su sobretodo oscuro, las botas reglamentarias y la típica caminata pseudo militar. Aunque no puede ver con claridad su rostro, la menor estatura le ayuda a reconocer que no es el agente Alcaraz.

Atento al recorrido del vigilante de turno, cuando éste dobla hacia la derecha para dar vuelta a la manzana, Alfredo acelera el paso para ingresar al palacio por el camino que ya conoce. Al llegar a la entrada del pasillo, da una mirada alrededor, para confirmar que no hay testigos, e ingresa. En un minuto, se encuentra en el lugar que le mostró Alcaraz aquella noche, observa la zona donde estuvo tendido el cuerpo sin vida de Milenka, impoluto, y sin ningún cerco policial. Gira hacia atrás, y dirige su mirada hacia un ventanal destrozado en el cuarto piso, a unos 15 o 20 metros del lugar del hallazgo.

Por un momento sus pensamientos se alejan de Malovisky, y al focalizarse estrictamente en el homicidio, le resulta imposible conciliar de manera coherente aquel vidrio roto a lo lejos, el grito femenino, la ausencia de

sangre, el cuerpo tendido apaciblemente sobre el pasto y la forma en que murió la joven. Al adicionar nuevamente el factor Malovisky a la formula, la coherencia es aún menor.

Ingresa al cuerpo principal, toma las escaleras y enciende las luces. A diferencia de la última vez que estuvo allí, no siente miedo ni tensión, y se enfoca en hallar detalles pasados por alto que le permitan tener al menos una idea de lo sucedido la noche del crimen. Esta vez, comienza su recorrido por la habitación donde interactuó con el niño aquella noche, y la misma se encuentra vacía.

Luego, se mueve hacia la habitación amueblada a su lado, y al abrir la puerta la encuentra tal como estaba aquella vez. Sobre la cómoda cercana a la puerta, una mariposa nocturna se encuentra inmóvil, llamando la atención de Alfredo, que ingresa al dormitorio, y posa su mirada sobre el mueble. Abre los dos cajones inferiores, apenas polvorientos, que se encuentran vacíos; pero en el superior halla dos frascos de vidrios con un polvo blanco dentro, que le resultan familiares: puede ser morfina o cocaína, uno de los vicios modernos de las personas con dinero. Los introduce en el bolsillo interno de su saco.

Por último, ingresa al baño y abre la canilla del lavamanos, el agua corre libre y cristalina, por lo que deduce que fue utilizado hace no mucho tiempo. Se dispone a bajar las escaleras, cuando oye unas tímidas pisadas en la planta baja. Sus alarmas internas se encienden, y su tranquilidad se desvanece, poniendo en alerta sus sentidos, y tensando los cansados músculos de todo su cuerpo.

Observa desde arriba de la escalera, hacia abajo se encuentra despejado, aunque nota un movimiento en la parte de afuera de la casa. Desenfunda su pistola Colt, y en posición de tiro baja lentamente los escalones, en punta de pie, para que los tacos de sus zapatos no revelen su ubicación. Ya en planta baja, se acerca hacia el ventanal abierto, ampliando su rango de visión hacia afuera. Una persona de baja estatura y cuerpo delgado, encapuchada por un piloto negro, se encuentra en cuclillas, dándole las espaldas, enfocando su mirada en el trozo de césped aplastado donde fue encontrado el cuerpo de Milenka Goldberg.

Continúa observando al extraño, apuntado su pistola hacia él, cuando éste introduce su pequeña y delicada mano en el interior del piloto y toma una rosa, que deja en el suelo. Ante la ventaja de tamaño y posición, Guzmán decide enfundar su arma de fuego, y apenas finaliza de asegurar la vaina, se desplaza velozmente hacia el intruso, aplicándole un tacle con perfecta técnica.

-Ahhh -grita el intruso, sorprendido, en voz alta pero no desesperada. Alfredo se encuentra encima de él, toma sus muñecas y las alza, mientras con sus rodillas inmoviliza el torso y las piernas. Al descubrir la capucha,

el hermoso rostro de una joven dama altera sus sentidos, y disminuye la fuerza que aplica sobre ella, sin liberarla. Ella intenta liberarse con todas sus fuerzas, pero al notar que sus esfuerzos son en vano, cesa sus movimientos.

Alfredo clava sus ojos en los de ella, y una expresión de curiosidad y confusión se dibuja en rostro, con los labios firmes y cerrados, conteniendo la respiración agitada. Ella libera su respiración, y al percibir las sensaciones de su asaltante, no emite sonido alguno, mientras su cuerpo y rostro se relajan pausadamente.

Ambos ignoran que aquel momento no haría más que empeorar la situación...